L

a segunda recomendación que planteó la [Commission Pathways](https://aaahq.org/Pathways-Commission) fue: “*Develop mechanisms to meet future demand for faculty by unlocking doctoral education via flexible pedagogies in existing programs and by exploring alternative pathways to terminal degrees that align with institutional missions and accounting education and research goals.*” Desde los orígenes de las universidades, en el siglo XIII, se estimó que solo los doctores deberían ser maestros. En las facultades eclesiásticas, como Filosofía, Teología o Derecho Canónico, se exige actualmente que un profesor preferiblemente sea un doctor, aunque excepcionalmente se admite un bachiller (en sentido eclesiástico). El punto en el cual nos identificamos consiste en la necesidad de seleccionar debidamente a los profesores. Cometemos muchos errores al hacerlo. En primer lugar, aceptamos ciertos títulos porque formalmente (es decir, con las respectivas constancias de grado) dan puntos en los procesos de calidad o de acreditación. Sin embargo, muchos carecen de experiencia como docentes. En verdad no son tan importantes los títulos como el desempeño de las personas. El saber se puede apreciar sin necesidad de exámenes, a través de coloquios. En segundo lugar, es necesario que el profesor sea un docente que ejerce su profesión, y no un profesional que enseña. No obstante, en las universidades colombianas son muchísimos los docentes que son profesionales en ejercicio la mayor parte de su tiempo, que van a la universidad a enseñar lo que hacen. En cuanto a los docentes de planta, algunos de los cuales también completan sus ingresos con actividades profesionales, advertimos que muchos enseñan cosas que no han experimentado. Es cierto que con el tiempo vamos aprendiendo a enseñar, pero mientras tanto los estudiantes padecen nuestras deficiencias. Un profesor debe estar principalmente interesado en que sus alumnos se acerquen al saber, se apropien de él, adopten posiciones personales, decidan estudiar por su propia curiosidad, en forma metódica. Si se hace bien el trabajo, habrá muchos alumnos que superen al maestro. Esto se opone a los profesores que les fascina ser autoridades y exhibir su erudición, recibir aplausos y homenajes de sus alumnos y poner en su hoja de vida en dónde enseñan. De nuestros maestros jesuitas aprendimos que primero hay que formar personas que profesionales. Interesarnos en su vida, en sus angustias y aspiraciones. El profesor que se limita a una transmisión de conocimientos y luego aspira que se los repitan ignora las personas. La enseñanza de la contaduría tuvo el honor de contribuir a la formación de los adultos que solo podían estudiar de noche. Pero se fue convirtiendo en un enfoque técnico, cuando al principio se formaron profesionales de otras disciplinas o técnicos en contabilidad previamente educados en el Sena. Hoy en día es necesario introducir profundos cambios en la educación de pregrado. Esto exige que los profesores nos transformemos íntegramente. Que seamos capaces de pensar en el futuro e impulsar a nuestros estudiantes lo más lejos que sea posible. Ellos sabrán recorrer el camino por sus propios medios honrando su disciplina.

*Hernando Bermúdez Gómez*